

JOSÉ FRANCISCO SERRANO OCEJA

A portrait of Cardinal Juan Luis Rouco Varela, an elderly man with white hair and glasses, wearing a red zucchetto and a black cassock with a red cape. He is looking slightly to the left with a gentle expression.

ROUCO VARELA

EL CARDENAL DE LA LIBERTAD

Una vida que se desvela

 Planeta Testimonio

ROUCO VARELA.
EL CARDENAL
DE LA LIBERTAD

Una vida que se desvela

JOSÉ FRANCISCO SERRANO OCEJA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© José Francisco Serrano Oceja, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2014
Depósito legal: B. 10.341-2014
ISBN 978-84-08-13025-3
Composición: Anglofort, S. A.
Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

0. Introito	9
1. Villalba o la infancia son recuerdos	15
2. El hechizo de Salamanca	29
3. La vocación sacerdotal y académica	41
4. En la escuela del Concilio	49
5. De Múnich a Mondoñedo y vuelta a Múnich	61
6. La Salamanca docente	75
7. Las transiciones vividas	87
8. Obispo en la tumba del apóstol	101
9. Cuando el señor Santiago se entusiasmó con la JMJ	115
10. El tejido de la comunión de la Iglesia	137
11. Madrid, de corte a curia	155
12. De Madrid al cielo...	171
13. Testigo privilegiado del presente de la Iglesia	199
<i>Bibliografía de referencia usada en el libro</i>	219
<i>Índice onomástico y de lugares</i>	223

CAPÍTULO 1

VILLALBA O LA INFANCIA SON RECUERDOS

No es difícil imaginar por qué la capital de la Terra Chá, Villalba de Lugo, ejerce una especial fascinación para la historia contemporánea de España. En esa localidad, la geografía se hace biografía, y algunos de sus hijos, Antonio María Rouco Varela, Manuel Fraga Iribarne, Darío Villanueva, entre otros, se han dedicado a hacer la historia en presencia pública y en incidencia cultural. Villalba es tierra llana y decían las crónicas que estaba mal comunicada. Quizá por eso los hombres de esa comarca crecían hacia dentro.

La infancia del cardenal Rouco son recuerdos de su pueblo, de Galicia, de Villalba, de un seminario, el de Mondoñedo, de los primeros pasos de su vocación intelectual en una Salamanca privilegiada por la historia de la Iglesia, cuidada por la Iglesia en España. Hay, entre estas líneas de primeros tiempos, que son épocas de primeros y acendrados amores, un sabor de autenticidad del tejido humano de la existencia, natural, en la familia, y sobrenatural, en la vida de la Iglesia. Y mucho pudor a revelar intimidades... como si estuviéramos pisando tierra sagrada o abriendo, con las llaves de la memoria, el arcano.

El terreno de la familia, de la infancia y de la primera juventud es siempre un espacio especialmente sagrado. Y por eso hay que entrar en él descubiertos, casi en estado de naturaleza. Lo primero que hay que aclarar del cardenal Rouco es la fecha de su nacimiento, dado que hay algunas divergencias sobre el día, según las fuentes que se utilicen. Nació el 20 de agosto del año 1936. La cuestión arranca por la confusión que genera la copia que le entregaron de su partida de bautismo cuando fue a ordenarse sacerdote, dado que la fecha de nacimiento que consta en la parroquia de Villalba es el día 24, guarismo que reproduce el *Anuario Pontificio*. Bien es cierto que el cardenal Rouco confiesa que nunca ha visto el libro original. Pero en su casa siempre le habían dicho que nació el 20. De manera que ¿el 20 o el 24?

Como la partida de bautismo es la oficial, prima en lo administrativo. Pero su hermana Visitación, de la que habrá que hablar largo y tendido, encontró no hace mucho, entre unos papeles viejos, una especie de diario de su madre donde pone claramente que Antonio María nació el día 20 de agosto. Por lo tanto, caso cerrado, aclarado. Nació el 20 de agosto del año 1936 en Villalba de Lugo, diócesis de Mondoñedo-Ferrol. Y dicen que fue al amanecer.

Vino al mundo, por tanto, el año en que comenzó la guerra civil española. Recuerda el cardenal Rouco oír a su madre relatar que, dentro de la preocupación generalizada que había con la guerra, en Villalba no pasó nada, salvo que cerraron la Casa del Pueblo, el lugar habitual de reunión de la UGT y del Partido Socialista. El pueblo permaneció en paz. No hubo, por tanto, una división en «dos Villalbas», reflejo de las dos Españas. Un factor histórico previo que hizo posible esa situación fueron las

buenas relaciones entre las familias. Villalba era una villa con su pequeña burguesía; también había un sector, en las afueras del pueblo, que cultivaba la agricultura. El clima de vecindad, según cuentan quienes vivieron esos tiempos, fue siempre cordial. Y en esa cordialidad el epicentro era, sobre todo, la parroquia, los sacerdotes, la lista de párrocos que se habían sucedido a lo largo de los años. Una vez más, en la vida de un hombre siempre aparece un campanario.

En los años previos a la contienda fratricida habían nombrado un párroco de una talla espiritual excepcional, don Gabriel Pita da Veiga. Era un santo sacerdote. Don Vicente Cárcel Ortí, en su monumental *Diccionario de sacerdotes diocesanos españoles del siglo xx*, cuenta de don Gabriel que una vez ordenado sacerdote, el 19 de junio de 1932, y después de pasar sus primeros años en Mondoñedo, fue nombrado párroco de Guitiriz, donde estuvo tres años, y, posteriormente, de Villalba, «en la que permaneció nueve años, y en ella realizó más plenamente su sacerdocio con el ejercicio de la caridad, promoción de la Acción Católica, cultivo de las vocaciones sacerdotales, catequesis intensiva y extensiva, etc., llegando a tener popularmente fama de santo». Para Cárcel Ortí, don Gabriel representó el hito más significativo de santidad sacerdotal de la diócesis de Mondoñedo a lo largo del siglo xx, hasta el extremo de que el obispo Miguel Ángel Araujo Iglesias declaró que había pensado introducir la causa de canonización de don Gabriel.

Le acompañaba un vicario parroquial también joven, que vino de El Ferrol, don José Paz Dopico, a quien llamaban don Joseíto. Dos santos sacerdotes según el corazón de Cristo. Y en ese ambiente de parroquia fervorosa, con mucha piedad, que hoy se diría de culto, con una

gran catequesis, con unos sacerdotes volcados en la atención a los niños, a la Acción Católica, que funcionaba en todas sus ramas, en la atención a los pobres, transcurrió la vida de niño de Antonio María Rouco Varela.

La parroquia, además, estaba apoyada por dos escuelas, que ahora llamaríamos privadas, dos escuelas de infantil y primaria. Una, la de doña Amelia Mato y doña Carmen, su hermana. Estaba dividida en dos grupos: el de doña Carmen, que era el de los niños pequeños, y el de los mayores. Por supuesto, era mixta. Aquellas dos santas mujeres... Dicen los que las conocieron que doña Amelia vivió consagrada a Dios y a la educación de los niños. Allí se formaron muchos villalbeses, entre ellos don Manuel Fraga. También había otra escuela, una muy buena escuela, la de doña Sagrario Rodríguez, en la que era la única maestra. Luego estaban las llamadas escuelas graduadas, que eran centros de enseñanza nacionales y contaban con seis maestros.

Pero volvamos a la familia de don Antonio, una familia cristiana clásica. Su padre, don Vicente Rouco, era de Santa María del Burgo, también en Lugo, y su madre, doña María Eugenia Varela, de Bahía Blanca, en Argentina. Por tanto, la sangre fecundada en tierra argentina del cardenal Rouco es un secreto ahora a voces. Su padre murió muy joven, y su madre, que nunca se rehízo de ese golpe, quince años más tarde. Sus hermanos, cinco: Manuel, Eugenia, Vicente, José y Visitación, que se quedó viuda de don Luis Carrasco. Ella es la que palió la falta de los padres, con su carácter extrovertido, de armas tomar y algo matriarcal. Doña Visita, como se la conoce en el pueblo, es toda una institución en Villalba, no sólo por su hermano, sino también por su hijo Alfonso. Perdón, no por su hijo, hoy obispo de Lugo, sino por su hija

religiosa, María José, médico y misionera, primero en Filipinas, después en Malawi (África), en donde, entre otras hazañas dignas de relatos más extensos de publicaciones misioneras infantiles, contribuyó decisivamente a fundar un hospital. Y para pagarlo revolucionó toda la comarca gallega. Cuentan que en Villalba hubo algún párroco que decía que la más importante de la familia Rouco es María José.

Hay quienes hablan sobre Alfonso, el sacerdote y obispo, habitualmente sin muchos datos. Para despejar raras ideas conviene ir a la vida misma. Nos encontramos, por tanto, al joven Alfonso Carrasco estudiando en Salamanca (1973-1975), en la Universidad Pontificia, y, al término de sus estudios de Filosofía, camino de Friburgo, en Suiza, a continuar con la Teología. Allí vive con un grupo de estudiantes de diversas disciplinas en un piso, bajo la tutela de monseñor Eugenio Corecco, del que tendremos ocasión de hablar. Un piso que frecuenta un ya venerable teólogo llamado Hans Urs von Balthasar. Concluye Alfonso sus estudios con el máximo grado de doctor, después de varias estancias de investigación en Múnich, y con una tesis, publicada en la selecta colección *Studia Friburgensia. Nouvelle Série*, escrita y defendida en francés, con la máxima calificación: *Le Primat de l'évêque de Rome. Étude sur la cohérence ecclésiologique et canonique du primat de juridiction*.

Después de la ordenación, es nombrado miembro del equipo parroquial de Santa María de Cervo. Dos años recorriendo aldeas en bicicleta e impartiendo clase a los chavales del instituto comarcal. En vísperas de su nombramiento como sacerdote «de pueblo», al entonces obispo de Mondoñedo le llega una carta del prefecto de un dicasterio romano, que se llamaba Joseph Ratzinger,

en la que solicita los servicios de un joven presbítero de su diócesis, brillante teólogo entre barro, políglota, que domina italiano, francés, inglés y alemán, por supuesto, español y gallego, y latín y griego, perfil, entenderán ahora, adecuado para su congregación vaticana. La carta se quedó entre las manos del obispo. El joven cura se fue para las aldeas con la naturalidad y la sencillez que le caracterizan. Lo que viene después está en el imaginario público, incluso el hecho de que aquel prefecto vaticano, elegido papa, se acordara de aquel sacerdote y teólogo y sonriera cuando firmó la bula del nombramiento episcopal de don Alfonso.

Volvamos a las raíces. Los padres y hermanos del cardenal estaban muy relacionados con las organizaciones eclesiales de su parroquia, más sus hermanas que sus hermanos. La familia de sus abuelos maternos tenía cierta presencia y fuerza en la villa, incluso había un sacerdote, hermano de su abuelo materno, a quien no llegó a conocer el niño Antonio María, cuyo nombre era don Primo Varela. Tampoco conoció a unas tías abuelas suyas, Toñita y Pura, solteras, que eran muy piadosas, que se murieron siendo él pequeño, pero que cuentan que rezaban mucho por el recién nacido. Antonio María, en esa época, en su pueblo, era Tucho, un niño inquieto, que vivía en una casa en la que se rezaba el rosario, por supuesto, donde la oración de la mañana y de la noche, sobre todo con su madre, era lo normal, y donde la misa del domingo y la catequesis y la escuela de doña Amelia formaban todo un conjunto. Con el paso del tiempo el cardenal Rouco apunta que «era una especie de realidad sociorreligiosa de la que el bueno de Karl Barth dice que la comunidad de los ciudadanos y la comunidad de los fieles eran una misma cosa».

Tucho se hizo muy pronto monaguillo, dice que a los cinco o seis años. Monaguillo de don Gabriel, un sacerdote que le fascinaba. Tanto, tanto, que en vísperas de ingresar en el Seminario Menor —cuando iba a cumplir diez años—, un día que regresaba a casa de la parroquia, le dijo su madre: «Pero ¿de dónde vienes?». «De la casa de don Gabriel, de la parroquia», contestó. «Pues vamos a tener que ponerte la cama al lado de la cama de don Gabriel.»

En cierto sentido se puede afirmar que la infancia de Tucho está marcada por la ausencia de su padre, que falleció en 1943, de repente. Al ser el menor de seis hermanos y, además, con los tres años que le sacaba su hermano más próximo en edad, era y se sentía el pequeño de la casa. De su padre recuerda que era un hombre de negocios y que le llevaba con él a algunas visitas. En aquellos años complicados, después de la guerra, solía hacer largos viajes, por ejemplo, a Barcelona. Pero cuando más disfrutaba Tucho era cuando le acompañaba a La Coruña.

¿Cómo nació su vocación al sacerdocio? Ser monaguillo y decir que quería ser sacerdote, apunta el cardenal, fue lo normal. En la escuela se empezaba el día orando, se rezaba todos los días el Ángelus, y había una explicación del Evangelio del día, que dictaba doña Amelia. Luego asistía al catecismo, los domingos, y a la clase de religión, las lecciones de escritura, de lectura, las disciplinas básicas, la aritmética, la lengua y la historia. Allí también se hacía un cultivo extraescolar de la poesía, y de la poesía en gallego, y de la música regional.

Vivíamos —insiste— la formación con toda normalidad, con toda normalidad. Después estaban la Semana de Ejercicios Espirituales y la primavera con los premios de los

trabajos que hacíamos. Un día le dije a don Gabriel: «Quiero ser sacerdote». Se lo dije a don Gabriel y a mi madre. Don Gabriel lo veía ya, también don Joseíto, y es el que le dice a mi madre que me deje ir al seminario. Mi madre ya estaba viuda. Hacía tres años que había muerto mi padre. Y mi madre me permitió que me fuera aunque ella siempre me dijo, me lo repitió hasta que me hicieron la tonsura, que si no iba a ser un buen sacerdote era mejor que no lo fuese y me volviera a casa. Insistía siempre, que si no iba a ser un buen sacerdote, que no lo fuese. Eso me decía ella siempre, hasta que me hicieron la tonsura en Salamanca, en el año 1955. Lo hacían en segundo de Teología, entonces ya ibas de sotana en el verano, ya con la tonsura y vestido de cura. Entonces mi madre dio por concluido su programa pedagógico.

No sería extraño que alguna dificultad inicial hubiera aparecido en el camino de su vocación. Y así fue. Su nombre: el cine. Iba mucho al cine, le llevaba su hermano Vicente, que era además su padrino. Tenía la sagrada obligación, encargada por sus padres, de llevarle al cine los jueves, a la sesión de las ocho. A palco, eh. A películas aptas para menores, con aquellos Nodos de la segunda guerra mundial llenos de imágenes de las victorias alemanas, pocas aliadas según dicen. Pero un día don Gabriel le dijo, antes de ir al seminario: «¿Tú ves que los sacerdotes vayamos al cine?». «Pues no», respondió. «¿Tú quieres ser sacerdote?» Y se acabó el cine.

Fue don Gabriel quien le llevó al seminario, aunque el cardenal no recuerda el día exacto. Su madre no se atrevió, estaba ya un poco enferma. El impacto de la muerte de su padre fue tremendo. En las vacaciones, el joven seminarista pasaba mucho tiempo con su madre, que físicamente andaba mal, después se revelaría la causa: una

esclerosis múltiple. El diagnóstico llegó once años después de la muerte de su padre. Los médicos de Villalba decían: «Esa cojera de María Eugenia es fruto del disgusto, que no ha sabido superar». Recorrió todos los médicos habidos y por haber de Galicia. Pero no sabían lo que tenía. Su madre solía decir: «Por qué no me habré llevado nuestro Señor con tu papá». Y el joven Antonio replicaba: «Pero, bueno, ¿es que no nos quieres a nosotros?». El cardenal Rouco confiesa mirando al cielo: «Creo que se murió —aunque sea un poco romántico decirlo— de amor, en el año 1958, quince años más tarde. Ya reconocida la enfermedad, tratada los últimos cinco o seis años, con los medios que había entonces. Quien le descubrió la enfermedad fue un médico de El Ferrol».

¿Cómo le marcó esa experiencia del heroísmo de su madre? Cuando murió su padre, ella tuvo que hacerse cargo de sus seis hijos. El mayor estaba a punto de hacer el servicio militar, había terminado el bachillerato. Empezó con oposiciones y terminó ingresando en la Policía. Sus hermanas vivían internas en el colegio de las Josefinas de La Coruña. Una de ellas, Eugenia, hizo el bachillerato y se casó pronto. Su hermana Visitación estudió, como pudo, Magisterio por libre, y luego hizo las oposiciones. Es la que ahora vive en la casa solariega, y se podría decir que ha sido, y es, su segunda madre.

Vayamos al seminario menor de Villanueva de Lorenzana, a los estudios, la disciplina, la espiritualidad. Para ingresar en el seminario menor, una prueba. Con diez años hizo el examen de ingreso, fue en los días finales del mes de agosto del año 1946. Villanueva de Lorenzana era un monasterio benedictino que había quedado vacío y había pasado a la diócesis. Cosas de la desamortización. Lo habitaban los niños de primero, porque no cabían

con los otros seminaristas que estaban en el seminario de Mondoñedo. Con la formación de la escuela de doña Amelia Mato, su ingreso no tuvo problemas. En esa escuela, a los diez años un niño de los «aprovechados», diríamos entre comillas, no cometía ni una sola falta de ortografía. Para aquel niño de villa, el examen de ingreso en el seminario fue coser y cantar.

La disciplina no era suave. Se entraba el 1 de octubre en el seminario y no se volvía a casa hasta junio. Recibían alguna visita de los familiares. La vida consistía en disciplina interna, silencio, clase, estudio, estudio y clase, estudio y clase, fiestas, paseos, salidas al monte. Ya el segundo año, a Mondoñedo. En el seminario de Mondoñedo estaba el menor, de segundo a quinto, y el mayor. Don Antonio María estudió allí Latín, Humanidades y Filosofía entre los cursos 1946-1947 y 1953-1954. El seminario ofrecía una formación humanística, literaria, religiosa y espiritual básica, pero todo muy sólido. La mayoría de sus profesores eran sacerdotes que habían estudiado Teología en Comillas, alguno en Roma, y algún autodidacta que había hecho sus pinitos en las lenguas clásicas, en literatura. Mondoñedo era una pequeña ciudad histórica de tres o cuatro mil habitantes, en la que había nacido y a la que acudía, de cuando en cuando, un gran escritor, Álvaro Cunqueiro. Una ciudad pequeña y culta.

Había en aquel seminario un profesor que tenía fama de sabio, se llamaba don Gumersindo Cuadrado. Decían que «domina el hebreo perfectamente». En Filosofía, pues no parece que proliferaran los profesores con grandes estudios. Sin embargo, en esos años comienza a surgir una generación de sacerdotes que entran en el seminario después de la guerra y que terminan sus estudios

en Salamanca y en Comillas, a partir de inicios de los años cincuenta. Recuerda el cardenal Rouco a don Fernando Porta, que era un sacerdote que había terminado en Salamanca, de los que se ordenaron en el Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, muy piadoso y muy bien formado. Llegan sus confesiones. Apunta el cardenal: «A mí me ayudó muchísimo, porque, aunque yo fui con mucha vocación al seminario, una vocación de niño, clarísima, nadie me empujó, llega la adolescencia, y vuelves otra vez a plantearte, como es natural, si la vocación es de verdad, si el celibato es tu camino. Y recuerdo que don Fernando Porta, que era el director espiritual, me ayudó decisivamente. Eso se lo he dicho yo a él después, siendo ya arzobispo de Santiago».

Ya en aquellos primeros años comenzó a sobresalir en los estudios. Quizá surgió entonces la idea de ir a estudiar a Salamanca. Cuando terminó quinto de Latín, algunos profesores empezaron a decirle que debía ir a estudiar Filosofía a Salamanca. Atentos, que entra otro secreto en escena. Un compañero, que después dejó el sacerdocio, José Chao, sí, Pepe Chao, de la familia Chao de intérpretes de música moderna, que era de Villalba, hijo de una familia muy amiga de los Rouco, y que había ido a estudiar a Roma, le dijo: «Te tienes que ir a estudiar Filosofía a Salamanca». Formaban el grupo de seminaristas de Villalba. ¿Recuerdan a don Gabriel, el párroco? A don Gabriel, en el año 1948, con gran disgusto del pueblo se lo habían llevado a Mondoñedo, al seminario. El pueblo acudió en cuatro, en cinco autobuses, para pedirle al obispo, don Fernando Quiroga, que dejase a don Gabriel en Villalba. Don Fernando habló con la gente y les dijo que no podía ser, que era el director espiritual del seminario y que eso era muy importante.

Volvemos al relato. Pepe Chao le dijo un día a Rouco: «Hay que pedirle al obispo que te deje ir a estudiar Filosofía a Salamanca». Entonces ya había otro obispo. En el año 1951 había llegado a la diócesis mindoniense un gran obispo: don Mariano Vega Mestre, que procedía del cuerpo de capellanes castrenses. Iba con ciertos aires de modernidad. Era un gran devoto de la Virgen, con un gran programa pastoral de visitas a santuarios, de peregrinaciones.

La modernidad de los años cincuenta, ¿se entiende? Pongamos un ejemplo. Llegó 1951, en abril toma posesión de la diócesis, y en el verano, en agosto, se lleva a los seminaristas a un campamento del Frente de Juventudes en Gandarío, cerquita del Pazo de Meirás. Un campamento con una doble responsabilidad en la dirección: la del rector y los formadores, especialmente el padre espiritual; y la de los mandos del Frente de Juventudes: el médico, el profesor de educación física, el jefe del campamento. La vida era distinta salvo en un acto, el momento de izar y de arriar banderas. Luego se impartía una media hora de gimnasia y de formación física en la playa, y media hora de discusión del espíritu nacional. Discutían, según recuerda don Antonio, los puntos de Falange:

La discusión se entablaba con los teólogos. Eran buenos chavales, universitarios todos de Santiago, de La Coruña. Nosotros íbamos oficialmente de sotana y beca y bonete. No llevábamos el uniforme del Frente de Juventudes. Y al izar las banderas, el primer día, dijeron: «Saludan todos los seminaristas». Pero el rector, don Francisco Fraga, contestó en alto: «¡No. Basta que lo haga el rector, hombre, basta que lo haga el rector!». Y sólo lo hacía el rector. Los demás estábamos con los brazos pegados al cuerpo. Cada

uno llevaba su pantalón de deporte, que le mandaba su madre. Íbamos a la playa y don Francisco Fraga quería que nos bañásemos con camiseta, y claro, el primer día aquello era un desastre. Entonces los más mayores se fueron a contárselo al médico del campamento. «Esto lo arreglo yo en seguida», dijo. Y se fue a hablar con el rector: «Mire usted, yo como médico del campamento no me puedo hacer responsable de la salud de los muchachos si se bañan con camiseta». Se acabó la discusión: por tanto, en bañador.